

CONSTRUYENDO SOBRE KYOTO

George Monbiot ha alcanzado un estatus de icono entre los progresistas de habla inglesa. Su capacidad para penetrar a través de los sofismas de gobiernos, corporaciones y de sus variados apologistas nos ha proporcionado un nuevo abanico de perspectivas políticas. En los últimos años ha escrito muchas columnas en *The Guardian* dedicadas al problema que define nuestra era: el cambio climático. En ellas ha expuesto la hipocresía de los políticos y las malas artes de los *lobbys* del petróleo, y desplegado tanto una investigación llevada con destreza de forense, como una prosa elegante. Por ello sus lectores esperaban con mucho interés su libro sobre el cambio climático. Monbiot, como todos aquellos que realmente se enfrentan a las implicaciones de este cambio, está exasperado por la timidez de aquellos en el gobierno que proclaman tomarse en serio el calentamiento global. Incluso sugiere que los especialistas en medio ambiente se niegan a enfrentarse a la enormidad de la tarea.

Heat es la búsqueda de Monbiot de la respuesta al cambio climático¹. En varios capítulos analiza las áreas problemáticas: despilfarro de energía, producción de electricidad, transporte terrestre y aéreo, y sostiene que Gran Bretaña puede recortar sus emisiones de gases de efecto invernadero en un 90 por 100. El libro se presenta como una especie de odisea intelectual y personal en la que describe los viajes, las lecturas, la evolución de sus ideas, los arraigados supuestos que tuvo que abandonar y la emocionada agitación de llegar al final. Se puede leer como una historia de detectives en la que el autor y protagonista debe resolver un puzzle de enorme importancia. Al final, Monbiot considera que ha encontrado una «solución factible» para rebajar drásticamente las emisiones en Gran Bretaña, y que es «aplicable en general» a otros países.

Hay un mensaje más profundo en *Heat*, un anatema tanto para *lobbys* del petróleo como para economistas neoclásicos y políticos que sólo saben lamentarse. En contra de las tranquilizadoras proclamas de algunos especialistas en el medio ambiente, como el informe que Nicholas Stern rea-

¹ George Monbiot, *Heat. How to Stop the Planet Burning*, Londres, Allen Lane, 2006.

lizó en 2006 para el Departamento del Tesoro del Reino Unido, en el que mantiene que podemos afrontar el cambio climático sin mayores trastornos, la realidad es que sobre esas bases, la reducción de las emisiones mundiales de gases invernadero en las proporciones necesarias es algo casi inviable. La única manera de evitar una catástrofe que incluye millones de muertes en el Tercer Mundo, pasa por un cambio radical de la manera en que abordamos nuestra vida diaria en los países ricos; por encima de todo, debemos abandonar nuestra tranquilizadora confianza en el progreso. No podría haber un desafío mayor al fetichismo del crecimiento y a una idea del progreso que tenemos profundamente asumida, tampoco mayor amenaza al poder de los «creadores de riqueza».

¿Somos nosotros, los habitantes de los países ricos capaces de realizar semejante transición psicológica? La respuesta fácil es que simplemente tenemos que hacerlo, aunque semejante imperativo ambiental deba alcanzar una fuerza mayor. El derroche de nuestro consumo no se dirige a satisfacer necesidades materiales, sino a nuestra propia reproducción psicológica. En el capitalismo de consumo moderno, la actividad consumista es el medio primordial por el que nos creamos una identidad y mantenemos un frágil sentido de nosotros mismos. Si para resolver el cambio climático se nos pide que cambiemos nuestro hábitos de consumo, se nos está pidiendo que cambiemos el quiénes somos, que experimentemos alguna clase de muerte. Pero nos agarramos de manera tan desesperada a nuestra construcción sobre nosotros mismos, que tememos renunciar a ella más que a las consecuencias del cambio climático. Esto ayuda a explicar el abismo que existe entre la complacencia de la gente común y el creciente pánico de los científicos del clima y expertos en medio ambiente que mantienen los ojos abiertos. Monbiot entiende esta complacencia, y algunos de los pasajes más convincentes de *Heat*, exploran los obstáculos psicológicos para salvar el planeta. Su campaña para mantener un clima habitable es realmente única:

No es una campaña a favor de la abundancia sino de la austeridad, no a favor de más libertad, sino de menos. Y lo más extraño de todo, es una campaña no sólo contra otra gente, sino también contra nosotros mismos².

Las guerras del cambio climático

Después de haber empezado comparando las relaciones de la humanidad con los combustibles fósiles con el pacto de Fausto, Monbiot centra su atención en la maquinaria creada en torno a la negación del cambio climático. Las campañas dirigidas a persuadir a los gobiernos para que actúen en la prevención del calentamiento global han estado dirigidas fundamentalmente por organizaciones ecologistas, apoyadas en el trabajo de

² *Ibid.*, p. 215.

científicos de todo el mundo. Pero en el momento en el que el calentamiento global estaba empezando a ser considerado como la mayor amenaza para la humanidad, la defensa del medio ambiente dio paso a su contraria, una coalición virulentamente hostil de industriales, comentaristas de derechas y políticos conservadores. Desde el principio, la evidencia del calentamiento global y de la crisis del clima ha sido negada por esta marea antiecológica, propulsada por las mismas energías que promovían el anticomunismo antes de la caída del muro de Berlín. Más recientemente, los argumentos los ha dado Nigel Lawson, el ministro favorito de Margaret Thatcher. Atacando a Nicholas Stern, Lawson ha manifestado que el movimiento en defensa del medio ambiente «es profundamente hostil al capitalismo y a la economía de mercado»³. Este es el centro de la cuestión. Para los *think tanks* y medios de comunicación conservadores, así como para la Casa Blanca, el razonamiento es el siguiente: los defensores del medio ambiente son los enemigos del capitalismo, por lo tanto, lo que ellos defienden va en contra de los intereses del capitalismo; los científicos que proporcionan las evidencias que apoyan sus puntos de vista también son enemigos del capitalismo; aceptar la evidencia del calentamiento global significa rendirse a los anticapitalistas; por ello no debemos aceptar las teorías del cambio climático y debemos buscar cualquier rastro de evidencia que parezca contradecirlo.

Esto es algo más que una convicción ideológica, para algunos está en el límite de ser una convicción religiosa. En 2001 se le preguntó a Ari Fleischer, portavoz del presidente Bush, si éste pediría a los estadounidenses que pusieran freno al consumo de energía. La respuesta fue «rotundamente no». Continuó hablando para decir que el despilfarro de la energía roza lo divino:

El presidente considera que es parte del estilo de vida de América, y que protegerlo debería ser uno de los objetivos de los responsables políticos. El estilo de vida de Estados Unidos goza de todas las bendiciones [...] El presidente también cree que la utilización de la energía que hace el pueblo estadounidense es un reflejo de la fuerza de nuestra economía, del estilo de vida que el pueblo estadounidense ha llegado a disfrutar⁴.

En los últimos años los tejanos adinerados han descubierto el placer de sentarse frente al fuego, pero como en Texas normalmente hace calor, deben encender el aire acondicionado para poder disfrutar del calor acogedor de sus chimeneas. Utilizar la energía simultáneamente para calentar y enfriar una casa solamente resulta una perversión si se rechaza la concepción del estilo de vida estadounidense de George Bush.

³ White House, Informe para la prensa, 7 de mayo de 2001.

⁴ Nigel Lawson, «The Economics and Politics of Climate Change», Centre for Policy Studies, 1 de noviembre de 2006, p. 16.

Desde mediados de la década de 1990 los detractores del cambio climático han venido manteniendo una guerra sostenida contra los científicos expertos en el clima y contra el Protocolo de Kyoto. Monbiot revela que algunas de las organizaciones y personalidades que llevaron a cabo una estrategia encubierta de desinformación en defensa de la industria del tabaco se dedicaron a promover la negación del cambio climático en beneficio de los *lobbys* del petróleo. Adoptaron la misma táctica de sembrar la confusión en la mente del público, calificando el calentamiento global como un pánico infundado en un mundo cada vez más opuesto a aceptar riesgos. En enero de 2006 un informe de la Union of Concerned Scientists recogía el papel crucial de Exxon Mobil en la fundación y apoyo a organizaciones anticologistas y detractoras del cambio climático. En septiembre la Royal Society británica tomó la iniciativa, poco habitual, de dirigirse a Exxon Mobil solicitando que abandonara la financiación de fundaciones que «han falseado los trabajos sobre el cambio climático realizando una categórica negación de la evidencia». La Royal Society mencionaba al Competitive Enterprise Institute, un *think tank* conservador con sede en Washington dirigido al desarrollo de los principios de la libre empresa y de la no intervención del Estado, y el International Policy Network, con sede en Londres. La respuesta de Exxon Mobil fue mostrarse ofendidos.

Entre las importantes organizaciones fundadas por Exxon Mobil se encuentra la web de Tech Central Station, que se define como un portal «donde los mercados libres se encuentran con la tecnología». Probablemente sea la página web que más eficazmente representa el escepticismo sobre cambio climático. Hasta hace poco tiempo estaba publicada por el DCI Group, una empresa de los republicanos dedicada al asesoramiento y relaciones públicas de las corporaciones, que mantiene estrechos lazos con la Administración de Bush. DCI anuncia su capacidad para proporcionar «el tercer apoyo» a sus clientes y ha estado relacionada con diversas coaliciones financiadas por la industria que se hacen pasar por organizaciones de base. «Las corporaciones rara vez triunfan ellas solas», proclama su página web. «Cualquiera que sea el asunto, cualquiera que sea el objetivo: cargos electos, legislaciones o la opinión pública, se necesita un tercer apoyo fiable para defender una causa. Le podemos ayudar a reclutar socios de coalición dignos de crédito y prepararlos para que produzcan el máximo impacto. Eso es lo que mejor hacemos». Las habilidades de la compañía en manufacturar organizaciones de base ficticias las adquirieron sus socios directivos, Tom Synhorst, Doug Goodyear y Tim Hyde, durante cerca de una década de trabajo para la R.J. Reynolds Tobacco Company en la década de 1990.

Además de los grupos que se hacen pasar por organizaciones de base y de las páginas web financiadas por la industria, ha habido un cierto número de *think tanks* conservadores que han jugado un papel fundamental en evitar la prevención del calentamiento global. Como recoge Monbiot, quizá el más destacado sea el Competitive Enterprise Institute.

Además de las muchas declaraciones que ha hecho negando la gravedad del calentamiento global, el CEI ha defendido que el cambio climático crearía un «mundo más templado, verde y próspero» y que «Kyoto era una usurpación de poder basada en la decepción y el miedo». Además de la Exxon Mobil, entre sus fundadores se encuentran el American Petroleum Institute, Cigna Corporation, Dow Chemical, EBCO Corp., General Motors e IBM. El CEI está íntimamente involucrado en la Cooler Heads Coalition, que sostiene que el riesgo del calentamiento global es pura especulación. Anticipándose en 2006 al estreno del documental de Al Gore, *Una verdad incómoda*, el CEI hizo una campaña de televisión en contra de la realidad del cambio climático. Uno de los anuncios terminaba con las siguientes palabras: «dióxido de carbono, ellos lo llaman contaminación, nosotros lo llamamos vida». Estos grupos han engendrado y animado una red de personajes que tienen pocos conocimientos científicos, pero que se muestran completamente convencidos de que la «teoría del calentamiento global» es un gigantesco fraude perpetrado por la comunidad científica.

Conscientes de que el antiecológico fanático no resulta atractivo para el público en general, las fuerzas anti-Kyoto han unido sus argumentos a corrientes más profundas del capitalismo de consumo. Las sociedades dominadas por un fetichismo creciente son un terreno abonado para que cualquier propuesta de intervención, como una tasa sobre las emisiones de dióxido de carbono, se considere una amenaza al derecho de mantener niveles elevados de consumo. Monbiot entiende de qué va el juego, y por eso su estrategia de sacar a activistas a la calle es la única que puede funcionar; pero considera que los activistas deben reeducarse. En uno de sus capítulos más sólidos, hace una convincente argumentación: si queremos descontaminar la economía mundial, tendremos que renunciar a viajar en avión. Esto resulta chocante, el tipo de demanda que es tan inaceptable que inmediatamente activamos las defensas psicológicas que nos permitan rechazarla.

Objetivos ambiciosos

Realmente podríamos conformarnos con vuelos ocasionales, y después de un periodo de adaptación, con facilidad nos acostumbraríamos a viajar menos o de diferente manera, como hacíamos antes de que en la década de 1970 los aviones se volvieran autobuses con alas. El obstáculo principal, y no es pequeño, es un factor psicológico bien asimilado: no anhelamos algo que no podemos imaginar, pero en cambio, en cuanto lo imaginamos, nos sentimos irresistiblemente atraídos por ello. En una de sus observaciones más audaces y de mayor alcance, Monbiot concluye que resolver el cambio climático «exige que hagamos algo que pocas personas en los países ricos han hecho en muchos años: reconocer que el progreso depende ahora del recurso a menos oportunidades»⁵.

⁵ G. Monbiot, *Heat. How to Stop the Planet Burning*, cit., p. 188.

Aunque Monbiot identifica las barreras políticas y psicológicas como los principales obstáculos para reducir drásticamente los gases de efecto invernadero, la mayor parte del libro está dedicada a encontrar una solución tecnológica factible. El cambio climático es un asunto del que se han ocupado miles de expertos de una amplia variedad de disciplinas, ciencias naturales, sistemas de energía, economía, finanzas, ética, política, relaciones internacionales y cada vez más en la psicología y sociología del conocimiento. Resulta difícil convertirse en un experto en más de una o dos de estas disciplinas: uno debe decidir no *qué* creer, sino *a quién*. Sin embargo Monbiot deja la humildad a un lado.

Monbiot decide que su tarea en *Heat* es alcanzar una reducción de las emisiones que prevengan el aumento del calentamiento en más de dos grados: un objetivo más ambicioso que la mayoría. El que este objetivo requiera estabilizar las emisiones de gases de efecto invernadero en el equivalente de 440 partes por millón de dióxido de carbono, es un dato de un documento no publicado, proporcionado por un hombre que Monbiot reconoce que «no es un profesional experto en el clima, pero que parece haber hecho sus deberes», con el respaldo del Potsdam Institute for Climate Impact⁶. Proponiendo una división igualitaria de las emisiones de CO₂ por habitante para el año 2030, en vez de un periodo de convergencia que permitiera al Tercer Mundo ponerse al día, Monbiot calcula su ambicioso objetivo para los países ricos: reducir para esa fecha las emisiones en un 90 por 100, muy por encima de las propuestas hechas por cualquier otro.

Aparentemente dispuesto a ser más audaz que cualquier otro experto en medioambiente, Monbiot acaba apoyando la *geosequestration*, la panacea de la industria del carbón y la tecnología que permite a esta industria sobrevivir y prosperar en un mundo de restricciones. La captura y almacenamiento del carbono, proceso que se conoce como *geosequestration*, supone la construcción de instalaciones que utilizan el carbón como combustible y que pueden separar el dióxido de carbono de los gases de combustión, concentrarlo y enviarlo por tuberías a almacenes a largo plazo, situados en acuíferos salinos a muchos metros de profundidad. Como solución para el calentamiento global, esto no es más que una artimaña política que incluso sus defensores reconocen que no supondría una reducción significativa de las emisiones en 15 o 20 años y que además se considera más cara que otras alternativas existentes. Monbiot debería mirar mejor a quién da sus bendiciones; después de todo, la Administración de Bush y el gobierno australiano de John Howard han puesto sus huevos en esa misma cesta.

Los argumentos de *Heat* están deformados por un cierto número de confusiones, que afectan especialmente a sus consideraciones sobre el aspec-

⁶ *Ibid.*, pp. 15-16.

to económico de sus soluciones. Después de defender la reducción de las emisiones por la vía de los impuestos, lo que permitiría a los ricos vivir como quisieran o exigiría un sistema de devolución de impuestos difícil de manejar, propone un sistema de racionamiento internacional de las cuotas de emisión. Sin embargo, su sistema de asignación de las cuotas dentro de las economías nacionales no es más que una cierta clase de mercado de emisiones. Crearía «una nueva moneda» que podría «intercambiarse con otras gentes» que de nuevo permitiría que los estilos de vida lujosos continuaran sin grandes impedimentos. Monbiot sostiene que el Plan Europeo de Emisiones está viciado porque permite a los contaminadores evitar reducir sus emisiones pagando para que otros reduzcan las suyas, pero esto es algo que sucede en cualquier sistema de comercio, incluyendo el suyo propio. Sostiene que si los recortes necesarios son suficientemente enérgicos, «todos los sectores tendrán que recortar sus emisiones aproximadamente por esa cantidad». Aquí debe haber un error, pero encaja con sus deseos de mostrar cómo todos los sectores pueden alcanzar una reducción del 90 por 100⁷. Monbiot no parece comprender que los impuestos y el mercado de las emisiones son muy similares, siendo la única diferencia que el primero fija el precio de las emisiones y permite que el mercado fije la cantidad a emitir, y el segundo fija la cantidad de emisiones y permite al mercado fijar el precio. El sistema que propone está ampliamente recogido en el Protocolo de Kyoto, y el Plan Europeo de Emisiones es parte de ese marco.

Las críticas de Monbiot al Protocolo de Kyoto podrían oírse en boca de los *lobbys* de los combustibles fósiles. La necesidad de integrar las polémicas y unas consecuencias poco claras sobre la economía y la igualdad en un acuerdo global sobre el medio ambiente hizo de las negociaciones de Kyoto el más complejo y ambicioso de los tratados internacionales jamás intentados. Involucraba a unos 180 Estados con una enorme disparidad de intereses y un enjambre de alegaciones, por no hablar del papel saboteador del poderoso *lobby* del petróleo. Veamos los componentes del sistema. El Protocolo está basado unos límites de emisión obligatorios para los países ricos, con la idea no expresada de que los países en vías de desarrollo adoptarán esos límites una vez que Occidente haya marcado el camino. Incorpora un mercado de emisiones que permite que los Estados que encuentren dificultades para cumplir con las cuotas establecidas puedan comprar cuotas de emisión a otros países que no alcancen sus niveles máximos de emisión. Esto pone en marcha poderosos incentivos, así como la reducción drástica del coste del sistema y hace que las reducciones sean mayores. Incluye un Clean Development Mechanism que permite a las empresas de los países ricos invertir en proyectos de reducción de emisiones en los países pobres, dando a éstos últimos un interés por el sistema y una financiación de la que siempre están necesitados. Desde luego hay algunas lagunas, principalmente la palabrería de

⁷ *Ibid.*, p. 59.

Rusia y la incorporación de los «bosques de transformación», pero fueron el precio de alcanzar un acuerdo⁸. Habida cuenta de que se trataba de una tarea casi imposible, el Protocolo de Kyoto fue un logro realmente importante. No necesita de más cambios estructurales que cerrar esas lagunas y lograr un acuerdo sobre un mecanismo global que imponga sanciones a los países infractores.

Las observaciones de Monbiot sobre el fracaso del Protocolo para incorporar las emisiones producidas por el transporte aéreo también son imprudentes. Las negociaciones fueron lo suficientemente duras y ajustadas como para que fuera inevitable que algunos temas quedaran sobre la mesa para futuras rondas. Aun así, Monbiot ridiculiza al Ministerio de Transportes del Reino Unido al declarar que la falta de un acuerdo internacional significa que las emisiones procedentes del transporte aéreo no están incluidas en el inventario de las emisiones de efecto invernadero. «Pero un niño podría ver que simplemente hay que dividir las emisiones [procedentes de los vuelos internacionales] entre dos». No tengo ningún interés en defender a una burocracia esclerótica, pero solamente una comprensión imperfecta del problema puede llevar a semejante afirmación. Hay demasiados cabos sueltos que se podrían mencionar, pero con uno vale. ¿Qué pasa si el vuelo procede de un país pobre que no tiene asignado ningún objetivo dentro del Protocolo? El Ministerio de Transportes reconoce que la industria aeronáutica debería pagar por el daño que causan los aviones en el medio ambiente. Solamente esto causa escalofríos entre los ejecutivos de las compañías aéreas, pero para Monbiot no es suficiente y recurre a los golpes bajos: «¿Debería sacrificarse a un auxiliar de vuelo cada vez que alguien en Etiopía muera de hambre?»⁹.

Conflicto de ideologías

Un mes después de la aparición de *Heat*, la publicación del informe Stern levantó olas en todo el mundo. Cuando Stern fue encargado por el ministro Gordon Brown para que evaluara las implicaciones económicas del cambio climático y de las medidas para reducir las emisiones, su cometido no oficial era persuadir a Estados Unidos y Australia para que apoyaran los esfuerzos conjuntos y ratificaran el Protocolo. Stern se dedicó a rebatir el principal argumento utilizado por los gobiernos de esos países para justificar su rechazo: que el recorte de las emisiones sería económicamente perjudicial. Stern y su equipo concluyeron que el coste de no hacer nada, o lo que es lo mismo, el perjuicio que el cambio climático ocasiona

⁸ Bajo el Protocolo de Kyoto se solicita de Rusia que entre el 2008 y el 2012, «limite» sus emisiones a los niveles de 1990. Sin embargo, el colapso de la industria soviética a principios de la década de 1990, significa que sus emisiones no se espera que alcancen los niveles de 1990 hasta el 2012. De aquí viene la «palabrería» rusa. Por otra parte, la eficacia de los bosques como transformadores del carbono está fuertemente discutida.

⁹ G. Monbiot, *Heat. How to Stop the Planet Burning*, cit., p. 175.

a la actividad económica, excede en mucho los costes de reducir las emisiones. En este sentido combatía a los recalitrantes con sus propios argumentos. Incluso ignorando los costes medioambientales, parece sensato desde el punto de vista financiero, introducir una transición hacia un mundo menos dependiente del carbono. Aunque ostensiblemente se encuentran en el mismo bando, hay agudas diferencias entre Monbiot y Stern. Mientras el primero sostiene que la necesaria reducción de las emisiones globales requiere de un cambio masivo del estilo de vida, Stern mantiene que enfrentarse al cambio climático supondría una reducción del PIB global de solamente un 1 por 100. Mientras Monbiot declara que salvar el planeta desafía la misma noción de progreso, Stern concluye que «afrontar el cambio climático es la estrategia del crecimiento a largo plazo»¹⁰.

Una de las razones de esta divergencia está en sus diferentes objetivos. Mientras la meta de reducir las emisiones en un 90 por 100 para el año 2030 que se fija Monbiot limitaría las concentraciones de dióxido de carbono a 440 partes por millón, Stern lo considera un objetivo inalcanzable y lo aumenta hasta 550 ppm. Esto requeriría de disminuciones de las emisiones de un 25 por 100 en 2050, incluyendo un porcentaje del 60 al 75 por 100 en el sector energético. Stern dice que a largo plazo se necesitarían reducciones de por lo menos el 80 por 100. Su objetivo es por lo tanto menos ambicioso, aunque sea igualmente difícil de alcanzar. Monbiot se siente en la necesidad de describir con gran detalle exactamente cómo y dónde se deben producir las reducciones. Stern confía en que una vez que se ha mandado una clara advertencia al mercado, éste será el que encuentre la manera de reestructurar la economía del sector energético. Hay motivos para darle la razón. Dentro de cincuenta años el mundo será espectacularmente diferente; si ahora se puede mandar una clara advertencia, hay motivos para el optimismo. Mientras que en la actualidad tenemos tecnologías que podrían reducir claramente las emisiones mundiales en la próxima década y la siguiente, para el año 2050 el mercado, adecuadamente guiado, presentará una gama de posibilidades que actualmente no podemos prever. Después de todo hace cincuenta años no teníamos electrónica, televisión, ordenadores, poder nuclear, generalización del uso de los plásticos, producción masiva de electrodomésticos, por no hablar de biotecnología, ingeniería genética, nanotecnología o turismo espacial. Más allá de su desacuerdo sobre los objetivos, la diferencia entre ambos es de estrategia política. Stern quiere convencer a los políticos reacios de que las reducciones no serán dolorosas, mientras que Monbiot quiere asustarnos sobre nuestro comportamiento. ¿Funcionará alguna de estas dos estrategias?

Para Stern debería haber estado claro que la suya iba a fracasar. Aunque con frecuencia el debate se produzca en el terreno de los argumentos económicos, el cambio climático es un terreno de conflictos ideológicos.

¹⁰ Nicholas Stern, *The Economics of Climate Change*, Cambridge, 2006, p. ii.

Stern, formado como economista y por ello convencido de que no existen sino ideologías equivocadas, no acaba de entender esto. La buena voluntad de Gordon Brown para abrazar la retórica de Stern pero rehusar seguir sus recomendaciones solo puede entenderse por su respaldo irreflexivo a la salud de la economía antes que a la salud del medio ambiente. (Para su crédito, Stern dimitió.)

El propio Stern permanece cautivo de una manera de entender el mundo habitual en su profesión. Después de todo, desde hace algunos años los modelos económicos han mostrado que el coste de cumplir los objetivos de Kyoto sería pequeño y decreciente. Incluso estimaciones encargadas por la Administración de Bush concluyen habitualmente que el recorte de las emisiones acordado reduciría el PIB de Estados Unidos en sólo un 1 por 100 en 2012. En Australia el gobierno de John Howard llegó a las mismas cifras. Teniendo en cuenta que estas cifras tienen cinco años de antigüedad, ¿qué es lo que significan? Si no se hace algo y la economía crece un 3 por 100 anual en ese periodo, el PIB de Estados Unidos habrá crecido en un 40 por 100 en 2012. Si se llevaran a la práctica las políticas de reducción de emisiones acordadas en Kyoto, la renta nacional habría crecido un 39 por 100. Dicho de otra forma, en vez de que el PIB alcance un crecimiento del 40 por 100, por ejemplo, el 1 de junio de 2012, la ratificación del Protocolo por parte de Estados Unidos supondría que no alcanzaría el 40 por 100 hasta el 1 de octubre del mismo año.

A pesar de sus inapreciables efectos sobre el crecimiento económico, Estados Unidos y Australia se han negado, sin embargo, a participar en la reducción global de las emisiones. Teniendo enfrente un riesgo elevado de que se produzca una catástrofe medioambiental sobre la tierra, los habitantes más ricos del planeta son incapaces de esperar cuatro meses para alcanzar el 40 por 100 de incremento en sus ingresos. Viéndolo de esta manera, la hostilidad hacia Kyoto no deja de ser una forma de locura. La realidad es que los resultados de los modelos económicos, incluso los manejados por Stern que invierten los argumentos de los que rechazan el Protocolo, son débiles frente a la verdadera razón por la que se produce este rechazo: la convicción ideológica de que nada debe interponerse en el camino del crecimiento y de los intereses de las corporaciones.

Heat es una mezcla dispar de polémica y análisis, «verde y experto» podríamos decir, donde no se rehúye el aspecto moral del debate sobre el cambio climático. Pero en el proceso de argumentación, Monbiot a veces comparte inclinaciones con los negacionistas y *lobby*s del petróleo y un exceso de énfasis sobre el fracaso de los individuos en la reducción de su propia contribución al calentamiento global. Monbiot dice que «la gente bien intencionada es tan capaz de destruir la biosfera como los ejecutivos de Exxon»¹¹. Esto es una frase bonita, pero ¿a quién encargaría us-

¹¹ G. Monbiot, *Heat. How to Stop the Planet Burning*, cit., p. 172.

ted resolver el cambio climático, a Anita Roddick o al presidente de Exxon? Roddick tiene buenas intenciones pero está mal encaminada, mientras que el presidente de Exxon está mal encaminado y tiene malas intenciones. Un mal camino se puede arreglar, pero la malicia no.

Una respuesta colectiva

En algunas ocasiones Monbiot se ve atraído por la más peligrosa de las trampas en las que puede caer una persona preocupada por el medio ambiente: el recurso a una posición de superioridad moral. Esta aproximación tiene una equivalencia peculiar con la de los economistas ortodoxos: ambos descargan demasiada responsabilidad sobre los hombros de los individuos. Apelando a la idea de las «preferencias manifiestas», los economistas partidarios de los mercados libres sostienen que si los individuos no toman decisiones medioambientalmente benévolas en el mercado, es porque realmente no se preocupan del medio ambiente, al margen de lo que puedan expresar en las encuestas de opinión o durante el almuerzo. Monbiot también parece juzgarnos por las decisiones que tomamos en el mercado. De cualquier forma, es bastante coherente que una persona que no opta por consumir electricidad limpia, vote a un partido que promete obligarnos a hacerlo. Insistir en la responsabilidad colectiva frente a un problema colectivo es políticamente mucho más práctico y más responsable frente al medio ambiente que una política de culpabilización.

Sin embargo, Monbiot es un analista político más sofisticado que muchos ecologistas que escriben sobre el cambio climático. Entre estos últimos, Tim Flannery abandona la esperanza de una acción política y en *The Weather Makers* termina diciendo que la única manera de resolver la crisis del clima es que todos nosotros instalemos paneles solares en nuestros tejados¹². Monbiot no cae en semejante ingenuidad política, entendiendo la fragilidad de nuestras convicciones medioambientales a la vista de las tentaciones del consumo. «Un calentamiento global artificial –escribe– no puede limitarse a no ser de que convenzamos a los gobiernos para que nos obliguen a cambiar nuestra manera de vivir»¹³. Entiende que somos tanto ciudadanos como consumidores, y que los consumidores nunca resolverán el problema por más que muchos políticos puedan pensar otra cosa. Mientras Flannery acaba su libro con una lista de «once cosas que usted puede hacer» como consumidor, Monbiot anima a sus lectores para que se incorporen a movimientos políticos que presionen a los gobiernos y a los grandes contaminadores. En el último capítulo habla incisivamente sobre por qué la gente no se ha manifestado de manera masiva en las calles o en acciones de protesta más contundentes como hizo en alguna ocasión. Entre otras causas, culpa a Internet, la desorbitada herramienta

¹² Tim Flannery, *The Weather Makers*, Londres y Nueva York, 2006.

¹³ G. Monbiot, *Heat. How to Stop the Planet Burning*, cit., p. XV.

de los políticos posmodernos, que «nos hace creer que podemos cambiar el mundo sin levantarnos de la silla»¹⁴. Dando la ilusión de un poder individual para revolucionarios de mesa, Internet de hecho ha contribuido a erosionar la participación real en la democracia.

De cualquier forma, la diversidad y el estilo de Monbiot algunas veces corre el riesgo de dejar al lector más desorientado que deslumbrado. En sólo cuatro páginas, en el capítulo que presenta su plan para resolver el calentamiento global, Monbiot pasa de las fluctuaciones de los precios de los combustibles a la variación de la energía demandada según los precios; del coste de oportunidad de la inversión en reducción de gases, a la penuria de las ayudas en el Reino Unido; desde el alcance de las subvenciones gubernamentales a la industria en todo el mundo a la *Energy Policy Act* de Bush; de la aparente corrupción en la subvenciones de la Unión Europea a la minería, al coste de la guerra de Irak, para acabar con el agotamiento de las reservas de petróleo. *Heat* tiene dos espléndidos capítulos: el primero exponiendo las siniestras tácticas de los negociacionistas del cambio climático y sus relaciones con el *lobby* del tabaco, y el segundo sobre el fin del transporte aéreo; ambos sirvieron de base para la publicidad del libro y aunque sean una razón suficiente para comprarlo, el lector de algunos de los restantes capítulo puede quedarse desorientado. Un trabajo enfocado hacia las políticas del cambio climático hubiera sido más rentable que sus opiniones de cómo reducir las emisiones en un 90 por 100 en cada sector. No es la primera vez que Monbiot escribe un libro que pretende resolver sin ayuda los problemas más difíciles del mundo. En *The Age of Consent* (2003), descrito como «manifiesto para un nuevo orden mundial», desplegaba un detallado anteproyecto de un nuevo sistema democrático internacional construido sobre los principios de la justicia. En la batalla entre utópicos y realistas, mi opción es siempre la segunda; sin embargo, no todas las visiones utópicas son iguales, y Monbiot cruza la frontera que separa las soñadoras de las extravagantes.

El papel de Monbiot nos dice algo del estado de la política progresista moderna después de tres décadas de repliegue. Acompañando al declive de la izquierda organizada, sólo queda un puñado de intelectuales solitarios que están especializados en denunciar los fracasos de un mundo dominado por el neoliberalismo y el neoconservadurismo. Merecen nuestra gratitud por su compromiso y por resistir los intentos de las editoriales de convertirlos en celebridades. Pero carecen de una visión amplia y compartida o del contexto intelectual que pudiera disciplinar la evolución de su pensamiento. Como columnista, George Monbiot es un crítico devastador, pero las ideas que nos saquen del páramo del cambio climático, las tendremos que buscar en otras partes.

¹⁴ *Ibid.*, p. 214.